

Babe

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

ENERO-FEBRERO, 1947

SUMARIO:

JAMES T. FARRELL: EL TEMA SOCIAL
EN EL REALISMO AMERICANO ¶ *EMILIO*
ORIBE: LA ESFERA DEL CANTO ¶ *AXEL*
STERN: EL EXISTENCIALISMO CONTRA
LA EXISTENCIA ¶ *MANUEL ROJAS*: HANS
STEFFEN Y LA LEALTAD ¶ *EUCLIDES*
GUZMAN: EL NACIMIENTO ¶ *MAURICIO*
AMSTER: UN AMIGO DE GOETHE ¶ *JUAN*
GODOFREDO SEUME: AFORISMOS

SANTIAGO 37 DE CHILE

HANS STEFFEN Y LA LEALTAD

I

EN 1936, a raíz de la muerte del Dr. Hans Steffen, acaecida en Suiza el 7 de Abril de ese mismo año, se publicaron en los *Anales de la Universidad de Chile* dos artículos en que se alababa el recuerdo de ese hombre; a esos artículos, firmados por Ricardo Donoso y Luis Galdames, respectivamente, se agregaron, hasta completar el número, algunos trabajos de aquel geógrafo y explorador alemán. Con todo ello se hizo, además, una tirada parte, que llevó por título el de *Homenaje a la memoria del Dr. Hans Steffen*.

Por si el lector no conoce, por un motivo u otro, la personalidad del hombre a quien se dedicó ese número de los *Anales*, citaré, del artículo de Ricardo Donoso, el más completo de aquellos dos, todo lo que sea necesario. Dice Donoso:

«Formó parte el Dr. Steffen del grupo de eminentes maestros alemanes que inició sus tareas en el Instituto Pedagógico, al fundarse este establecimiento de enseñanza superior durante el gobierno del señor Balmaceda, siendo Ministro de Instrucción Pública don Federico Puga Borne, y al que pertenecieron también los doctores Hansen, Lenz, Schneider, Tafelmacher y tantos más, que han dejado un recuerdo tan perdurable y una obra tan sólida, cuanto duradera, en nuestra enseñanza pública.»

»Pero el Dr. Steffen [sigo citando] no fué sólo un geógrafo de cátedra y un sabio de laboratorio sino que un acucioso explorador de extensas regiones del territorio chileno. '... en 1892 — R. D. cita ahora a Steffen —, después de haber realizado una excursión de estudio a la región del Lago de Todos los Santos, en las cordilleras de Llanquihue, conseguí interesar al entonces perito en la Comisión de Límites y Rector de la Universidad, don Diego Barros Arana, en mis proyectos y obtener, por su valiosa mediación, las comisiones de gobierno y los recursos necesarios para llevar a cabo una serie de viajes de exploración y estudio en las cordilleras patagónicas, región entonces muy poco conocida y donde con toda probabilidad se iban a producir dificultades en el arreglo del límite internacional.'

»Exploró así — sigue diciendo R. D. —, en el verano de 1892 a 1893, las cordilleras de la región del Lago de Todos los Santos, recorrió el valle de Peulla, escaló el cordón de la cuesta de los Raulíes, y bajó en seguida al valle del Lago y Río Frío, que siguió hasta sus orígenes, en los ventisqueros del flanco oriental del macizo del Tronador; subió al Portezuelo Barros Arana y regresó después al lado chileno de la cordillera, por la depresión del Boquete Pérez Rosales, explorando el valle inferior del Río Cochamó.

»En la temporada de 1893 a 1894 exploró la región del Río Palena, y a principios del año siguiente realizó el reconocimiento del Río Puelo hasta sus orígenes, avanzando hacia el oriente hasta donde se verifica la división interoceánica de las aguas. La continuación de esta exploración fué realizada en la temporada siguiente, en los primeros meses de 1896, en que recorrió el valle del Río Manso.

»El reconocimiento geográfico de la hoya del Río Aysén fué una de las de mayor valor que realizó el Dr. Steffen, en la temporada de 1896 a 1897. Remontó el río hasta la Isla Flores, donde se produce la unión de sus dos brazos principales, emprendió en seguida el estudio del brazo norte, enteramente inexplorado hasta entonces, a que dió el nombre de Río Manuales, y siguió su curso hasta sus orígenes, avanzando hasta el *divortium aquarum* continental.

»En el verano siguiente, 1897 - 1898, reconoció el valle del Río Cisnes, que era sólo conocido en su desembocadura, y en la temporada de 1898 - 1899 organizó una expedición destinada a explorar la región de los fiordos situados inmediatamente al sur del paralelo 46°, y de los ríos que desaguan en esa parte del litoral. La expedición atravesó el Istmo de Ofqui, recorrió las costas del Golfo de Penas, y penetró en seguida en el Río Baker, reconociendo sus diferentes afluentes. En esta jornada se encontraron y bautizaron tres de ellos, los ríos Baker, Bravo y Pascua, y se arribó hasta la región del *divortium aquarum* continental y se descubrió en el interior de la región andina el valle de las lagunas Larga, Chacabuco, Juncal y Esmeralda, por donde avanzó hasta alcanzar la extremidad occidental del gran Lago Cochrane.

»Como resultado de todos estos viajes, el Dr. Steffen redactó extensos informes, de alto valor geográfico y científico, que suscitaron el interés de todo el mundo sabio. Por la atención que consagró al estudio de la Patagonia Occidental, y por la duración de sus viajes, el Dr. Steffen se constituyó en una

verdadera autoridad en el conocimiento de esa extensa región de nuestro territorio.»

Pero no pararon ahí los trabajos del Dr. Steffen. Fué nombrado asesor técnico de la Comisión Arbitral Chilena en Londres y cooperó allí abundantemente en la confección de la *Exposición* que se presentó al Tribunal Arbitral. Después de esto le quedó el rabo por desollar: debió realizar un nuevo viaje con una comisión que iba bajo la dirección del coronel Sir Thomas H. Holdich: «Recorrimos primero una parte de la región de Ultima Esperanza, para conocer siquiera superficialmente algunos puertos y las desembocaduras de los grandes ríos, sus valles y los trabajos de caminos hechos por el gobierno de Chile en ellos; cruzamos después el paso de Pérez Rosales y marchamos desde Nahuelhuapi al sur, a través de casi todos los valles entonces disputados, hasta llegar al valle superior del Río Simpson (Aysén), donde se dió oficialmente término a la inspección arbitral.»

Sir Thomas H. Holdich, en su libro *The Countries of the King's Award*, se expresó sobre Hans Steffen del siguiente modo: «Ciertamente, el gobierno chileno no pudo encontrar un defensor más serio y más capaz que este distinguido profesor alemán (porque, según mis noticias, el Dr. Steffen no se ha naturalizado en Chile), y en el recuerdo de una expedición que fué para mí personalmente de tanto interés, siempre evocaré agradablemente la enorme y cortés ayuda prestada por este gran explorador y geógrafo.»

El Dr. Steffen regresó a Londres, colaboró en una segunda *Exposición* que se presentó al Tribunal Arbitral y volvió después a Chile y a sus tareas docentes del Instituto Pedagógico, las que desempeñó hasta 1913, año en que por motivos de salud se acogió a la jubilación. Vuelto a Alemania vivió un tiempo en Berlín y se trasladó después a Suiza, en donde murió.

El artículo de Ricardo Donoso sobre Hans Steffen, artículo que cuenta con una bibliografía que consta de veintiseis títulos, terminaba del siguiente modo: «*Geógrafo eminente, maestro inolvidable de muchas generaciones, servidor público abnegado de nuestro país, el nombre del Dr. Hans Steffen debe ser grabado con caracteres perdurables en el templo de la gratitud nacional.*» (El subrayado es mío.)

Para completar esta semblanza del Dr. Steffen, tomada toda del artículo de R. Donoso, agregaremos el retrato físico que don Luis Galdames hizo del sabio alemán en el artículo

que escribió en aquella ocasión: «El doctor Steffen es alto, delgado, flexible, de una tez enjuta y curtida, color rojizo, inclinado a moreno. Sus cabellos, de tinte castaño, son abundantes, pero los lleva cortos; la frente es despejada y subraya la expresión haciendo arrugas; los lentes de oro estrechan la nariz y velan la mirada inquisidora que sale de unos ojos oscuros y pequeños. La mandíbula es fuerte, el mentón alargado; los bigotes, castaños como el pelo, forman dos hebras finas sobre unos labios de escaso relieve. Vibra en él todavía la fuerza de la juventud.»

I I

Pasó el tiempo — cosa que no me cogió de sorpresa — y un día entre los días apareció ante mí la traducción, hecha por don Julio Heise, del libro en que Hans Steffen cuenta sus exploraciones: *Patagonia Occidental*, dos tomos, numerosas fotografías, diseños y mapas. Leyéndolo, tal como había leído aquel número de los *Anales*, en mi condición de director y corrector de pruebas de las Prensas de la Universidad de Chile, me dí cuenta de la real magnitud de los trabajos de Steffen, no tan sólo en lo que significaron como estudio y exploración de la región patagónica, significación que ha sido tan vastamente reconocida y elogiada sino que, además, como esfuerzo personal. Si Hans Steffen no dejó sus talones en los valles, quebradas, montañas, mesetas y riberas lacustres y fluviales de la Patagonia occidental, fué porque en realidad deben de haber sido tan duros y resistentes como los de cualquier héroe antiguo o moderno, desde Aquiles hasta don Diego de Almeyda; porque no se trataba, allí, de viajar cómodamente, en automóvil, a caballo o en mula — una mula resultaba allí tan útil como una bicicleta — sino incómodamente, a pie mi alma, a través de centenares de kilómetros de una de las tierras más irregulares del mundo, cruzando ríos, lagos, lagunas, fiordos, canales, bosques, montañas, pantanos y mesetas, ayudándose a veces por embarcaciones que los mocetones chilotos acarreaaban a hombros desde el mar y otras por balsas que construían ellos mismos; y todo esto en medio de lluvias, nevazones, temporales de viento, incendios de bosques, hambrunas y hasta atropellos policiales: en la expedición al Palena casi la mitad del personal técnico que acompañaba a Steffen fué detenida por gendarmes argentinos y llevada a Junín, a 600 kilómetros de distancia; y todo por puro amor a la geografía.

Al mismo tiempo me dí cuenta de que Steffen, escribiendo, no puede parecerse ni de lejos a Darwin, y ni siquiera a Humboldt, como narrador de viajes y de exploraciones; no era filósofo ni naturalista; era, simplemente, un geógrafo y no veía del terreno que pisaba sino lo que el terreno tenía de interés para un geógrafo; lo demás, por lo menos así lo demuestra su libro, no existía para él: en sus páginas no encontramos ninguna de las finas observaciones que abundan en los libros de otros exploradores, especialmente de los ingleses. Leyendo *Patagonia Occidental* se pregunta uno si en el tiempo en que Steffen la recorrió no existían allí flores, mariposas ni pájaros; nunca habla de aquéllas y sólo en una ocasión, al ver una enorme bandada de flamencos, habla de pájaros, pero sólo le llama la atención la cantidad; no dice una sola palabra de las aves que a Guillermo Enrique Hudson, cuando las vió por primera vez, le parecieron lo que en la tierra más se podía parecer a los ángeles de que le hablaban en su infancia. De los chilotos sólo dice que comen de preferencia harina tostada y que son muy aficionados a las aventuras, siendo de advertir que le acompañaron docenas de ellos en sus viajes, arrostrando los más briosos ríos, abriendo camino a machetazos a través de las selvas y hundiéndose en los pantanos. Al leerlo parece, sin embargo, que los chilotos no tuviesen cara, cuerpo ni expresión. Enumera los árboles y los arbustos, pero de allí no pasa y los ríos son ríos, los lagos, lagos, y los ventisqueros, ventisqueros. Falto de sentido literario, falto de sentido poético, falto de sentido del humor, el libro de Steffen sólo sirve a los geógrafos geógrafos y no llegará jamás a ser lo que *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, *Descubrimiento de las fuentes del Nilo* o *Cuatro años en los hielos del Polo* son para millones de personas.

A pesar de todo, este alemán que jamás habla de sí mismo como persona y que rara vez habla de los demás; este alemán modesto y silencioso, que marcha hacia su valle, su río o su portezuelo como una rapaz vuela hacia su presa, sin vacilar; este alemán que seguramente vivió y murió pobre; este alemán que dió sus mejores años en pro de una causa que era la suya sólo desde el punto de vista geográfico, termina por imponerse: es de una calidad distinta de la que amamos, pero tiene calidad; no ve las flores ni las mariposas, pero descubre lagos; no ve los pájaros sino cuando están en gran cantidad, pero halla, en un solo viaje, varios preciosos ríos; no ve los

hombres, pero tiene en la cabeza, como en una pantalla, toda la maravillosa tierra patagónica.

Concluí por colocarlo al lado de mis dioses menores.

I I I

Pero la historia, a pesar mío, sigue: en tanto se imprimía y publicaba el primer tomo del libro de Steffen, apareció ante mí un manojito de originales de Ricardo Donoso, constituido por artículos publicados aquí y allá, en este año y en el otro, sobre variados temas y entre los cuales se encontraba el dedicado a Steffen. Reuniéndolos, el autor había armado un libro que titulaba *Estudios de historia política y literaria*, libro que, a su turno, fué publicado en las Prensas de la Universidad de Chile. Hube de leerlo también y grande fué mi sorpresa al encontrar, al final del artículo citado, una nota que decía: «Estas líneas fueron escritas en 1936 a raíz de la muerte del Dr. Steffen. Al año siguiente se publicó el primer volumen de las memorias del Dr. Norberto Piñero, con el título de *En Chile. El arbitraje. La Puna de Atacama. 1897 - 1898*, en el que se hacen algunos recuerdos (pp. 53 - 55) que empañan gravemente la memoria del profesor alemán, particularmente en lo relacionado a la precaria lealtad con que sirvió a Chile.» (El subrayado, nuevamente, es mío.)

Esa nota me desconcertó. ¿Qué habría ocurrido? Comparé el artículo de los *Anales* con el que aparecía ahora en el libro y observé que Donoso había suprimido el párrafo en que se hablaba de la gratitud nacional. ¿Por qué? Pero no tuve tiempo, por esos días, de ocuparme del por qué y dejé que Steffen permaneciera en mi recuerdo tal como Donoso lo dejaba: con el rostro manchado con un estigma de precaria lealtad. Si se hubiera tratado de uno de mis dioses mayores, de Darwin, de Hudson, de Fabre o de Livingstone, no habría dejado pasar un segundo, pero se trataba de Steffen, que sólo era un dios menor y que, además, era alemán; en esos días de guerra también me había dejado ganar — ¡jay de mí! — por la antipatía con que hasta los tontos que escriben gratis en los diarios miraban a todo lo que fuese alemán, y aunque a veces surgía en mí el recuerdo de este hombre y aunque ese recuerdo me dolía, pues no debía yo guardar memoria alguna de un hombre desleal, lo dejé estar, sintiendo, sin embargo, que ese dejar estar también me dolía.

Pasaron los días y los días. Nadie habló sobre el asunto ni nadie escribió sobre él y parecía que ya nadie hablaría ni escribiría: los chilenos parecían ignorarlo y en cuanto a los alemanes... pasarían quizá cuántos años antes de que pudieran hablar de algo que no fuese el pan, el azúcar, el tocino o los repollos. Tenían bastante con lo que les pasaba y ninguno de ellos contaba con tiempo para ocuparse de alguien que, desleal o no, estaba muerto. Por fin, un día en que me encontraba en la Biblioteca Nacional consultando algo relacionado con don Vicente Pérez Rosales, recordé nuevamente a Steffen: allí estaba, siempre con su rostro manchado, esperando su destino final. Decidí entonces salir de dudas y aclarar, para mí, un asunto que amenazaba convertírseme en un caso de conciencia: pedí el libro del Dr. Piñero. Me lo dieron y leí las páginas 53 - 55. Decían:

«En el mes de Junio el Ministro de Alemania [en Argentina] me expresó que el geógrafo doctor Juan Steffen, jefe de la Comisión exploradora del río Ayssen (sic), estaba muy reconocido a las atenciones y ayuda que una de las comisiones científicas argentinas le había prestado mientras desempeñaba su tarea. En el curso de la conversación le manifesté el deseo de hablar con el doctor Steffen y recabarle los datos, sobre sus trabajos, que creyera prudente suministrarme. Me contestó el señor Ministro que era también el deseo de aquél, quien me haría una visita.

»Así sucedió. En la entrevista me relató algunos puntos interesantes de su expedición y se declaró satisfecho del éxito obtenido. Le pregunté qué resultado creía haber conseguido, relativamente a la contienda de límites entre la Argentina y Chile. Me respondió que en la región del Ayssen, en toda la región explorada por él, al sur del lago Fontana y en otras partes, el *divortium aquarum* continental se produce fuera de la cordillera de los Andes, en plena pampa, fuera aun de lomadas o hinchazones de tierra, como las existentes que separan las aguas interoceánicas del Palena. Y me ofreció informarme sobre lo que se le solicitara. Los datos del doctor Steffen ratifican los del ingeniero Ezcurra y otros exploradores argentinos o no argentinos, en punto al *divortium aquarum* entre los paralelos 42° y 46° de latitud austral.

»La información del doctor Steffen me movió a insistir una vez más en la necesidad de que el gobierno argentino consagre una atención continua a todo lo referente a la ocupación, población y gobierno de los territorios del Sud, situados al este

de la cadena principal de los Andes. 'Si ejercemos, dije al Ministro Alcorta, nuestra soberanía sobre las comarcas que nos pertenecen, con firmeza y con resolución, y si de la misma manera apartamos o desechamos las controversias respecto de esas comarcas, me parece que Chile se verá precisado, al fin, a reconocer y respetar completa e íntegramente nuestro derecho.'

»Por otra parte, el doctor Steffen me contó que algunos chilenos, alemanes o hijos de los colonos alemanes de Ozorno (sic), tienen un *boliche* al sur de Nahuel - Huapí, en territorio argentino; que abrían un camino entre el sitio donde se halla ese *boliche* y Puerto Montt; y que el gobierno chileno fomentaba la facción de dicho camino. Agregó que al norte de Nahuel - Huapí, que era la parte más feraz y mejor, existían colonos norteamericanos e ingleses. Por último, me significó que desearía obtener algunos de los hechos u observaciones cumplidas por la comisión argentina de Von Plate, para completar lo suyo y establecer si, realmente, el brazo oriental del Ayssen nace en el Lago Buenos Aires. Le respondí que, a mi juicio, nada obstaría a su deseo y que escribiría a Buenos Aires a fin de complacerlo; y escribí, al efecto, al Dr. Alcorta.»

Eso era todo. (En la pág. 105 se encuentra algo que vale la pena consignar: según el Dr. Piñero, algunos diarios chilenos «llegaron en sus ataques, hasta a acusar de traidor a este magistrado». ¡Este magistrado era nada menos que el Presidente don Federico Errázuriz!)

I V

En el resto del libro no encontré nada que tuviera relación con Steffen o con lo que Steffen había dicho al Ministro argentino en Chile. Examiné entonces los dos párrafos principales, aquel en que Steffen dice que «en toda la región explorada por él, al sur del Lago Fontana, y en otras partes, el *divortium aquarum* continental se produce fuera de la Cordillera de los Andes, en plena pampa» y el otro en que cuenta que «algunos chilenos, alemanes o hijos de los colonos alemanes de Ozorno, tienen un *boliche* al sur de Nahuel - Huapí, en territorio argentino; que abrían un camino entre el sitio donde se halla ese *boliche* y Puerto Montt; y que el gobierno chileno fomentaba la facción de dicho camino.»

Respecto del primero no había nada que decir: el hecho de que el *divortium aquarum* se presentara, al sur del Lago Fontana y en otras partes, fuera de la cordillera de los Andes, en plena pampa, era una realidad geográfica que el Ministro argentino no ignoraba: el ingeniero Ezcurra y otros exploradores lo habían asegurado antes que Steffen. Por lo demás, nadie tenía interés en ocultar esa realidad ni nadie habría podido hacerlo.

El segundo párrafo me hizo tragar, al principio, un poco de saliva. Una segunda lectura, hecha días después, no me dejó más expedita la garganta: algo había allí que se me atragantaba. ¿Qué era? Resolví examinar el párrafo frase por frase:

1.^a «Me contó que algunos chilenos, alemanes o hijos de los colonos alemanes de Ozorno, tienen un *boliche* al sur de Nahuel - Huapí, en territorio argentino.» ¿Qué importancia podía tener esto? ¿Podía considerarse como una infidencia, es decir, ignoraba eso el gobierno argentino y tendría ello o podría tener alguna influencia en el litigio o en su resultado final? Por fin, ¿presentaba alguna importancia estratégica o política el hecho de que algunos chilenos o chileno - alemanes tuviesen un *boliche* (*chinchel* es la palabra chilena) al sur del Nahuelhuapi? Recurrí al primer tomo del libro de Steffen y busqué allí lo relacionado con dicha región. En la pág. 53 encontré lo siguiente:

«La ribera sur del Lago Nahuelhuapi pasó a ser un segundo centro importante de colonización, que podemos considerar como verdadero retoño de las poblaciones germano-chilenas del Lago Llanquihue y de Puerto Montt. Desde aquí partió la mayoría de los colonos y desde que a fines del siglo pasado se abrió al tráfico regular el Paso de Pérez Rosales se desarrolló en Nahuelhuapi una intensa actividad cuyo centro pasó a ser San Carlos de Bariloche.» Y en la página 137 lo que sigue: «*A pesar de depender políticamente de Argentina* (soy yo el que subrayo), la región del Nahuelhuapi formó hasta los últimos tiempos una especie de colonia chilena. Atravesando la cordillera llegaron primero los descubridores, después los misioneros, más tarde los primeros pioneros de la cultura y sus actuales habitantes; la primera embarcación a vapor que navegó el Lago no fué transportada desde el oriente por el Río Negro y Limay sino que desarmada en trozos fué llevada desde Puerto Montt por el Paso de Pérez Rosales.» Líneas más adelante se deja constancia de que en 1881, Chile, por medio de un Tratado de Límites con Argentina, había

renunciado a toda la sección patagónica situada al oriente de la divisoria de las aguas.

Recapitulé: el territorio era argentino y no estaba, en consecuencia, en litigio; no estando en litigio y siendo argentino, ¿tenía alguna importancia el que hubiese allí un *boliche* de chilenos - alemanes? ¿Importaba, por otra parte, que alguien, se llamara Steffen o no, contara al Ministro argentino que lo había? En absoluto; lo extraordinario es que dijese que había uno: con seguridad había ciento, no sólo al sur sino que también al norte del Nahuelhuapi. Cuando Steffen, en efecto, durante sus exploraciones de las cordilleras del Puelo, llegó en 1895 al territorio argentino de Chubut, encontró, en la primera habitación humana que se hallaba en aquellas soledades — una casita hecha de madera de cedro —, a un colono de apellido Rosales y de nacionalidad chilena. Y no era el único, por supuesto, allí y en otras partes. Puerto Montt había sido fundada en 1852 y desde este año hasta aquél en que Steffen recorrió las regiones limítrofes, los inquietos chilenos y chileno - alemanes habían tenido tiempo más que suficiente para meterse por los boquetes cordilleranos hacia las llanuras de la Patagonia oriental.

Deseché la primera frase y pasé a la segunda: «Que abrían un camino entre el sitio donde se halla ese *boliche* y Puerto Montt; y que el gobierno chileno fomentaba la facción de dicho camino.» La primera parte de la frase no me pareció sospechosa: los pobladores de Puerto Montt podían, si les venía en gana, abrir en territorio chileno el camino que se les antojara y cuantos más abrieran, mejor. En cuanto a que el camino atravesara la frontera, siguiera por territorio argentino y llegara hasta el sitio en que se hallaba el *boliche* de marras, se me ocurrió el colmo de la filantropía nacional. No era un camino estratégico, pues de otro modo habría sido abierto por el ejército y no por comerciantes o viajeros, sino un camino comercial por donde, desarmada en trozos, fué llevada, desde Puerto Montt, la primera embarcación a vapor que surcó las aguas del Nahuelhuapi. (Todavía me pregunto cómo es que el Ministro argentino, al saber eso — seguramente fué el último en saberlo —, no agradeció públicamente la obra que en beneficio de la vialidad argentina realizaban los chilenos del sur del Nahuelhuapi.) Deseché, pues, esta primera parte y pasé a la segunda. Aquí me esperaba una sorpresa: descubrí que lo que desde un principio se me había atragantado era la palabra *facción*. Arrojava allí una luz siniestra que ensom-

brecía, en lugar de alumbrar, la página entera, el camino que se abría y hasta al propio gobierno chileno. Facción... Me dió vueltas en la cabeza durante horas: facción... Me producía una sensación de angustia, como un dolor en el epigastrio: me parecía que el gobierno chileno llenaba de facciosos ese camino y que lo hacía secretamente, con ánimo también faccioso. Por primera vez en mi vida me encontraba con una palabra que me impedía ver lo que ella y la frase en que estaba intercalada expresaban realmente. La dejé estar, entonces, y la rumié bien, como un buey puede rumiar un puñado de pasto, pasándola de una parte a otra de mi pensamiento, tal como un buey pasa el pasto de la panza al bonete y del bonete al librillo y al cuajo, descomponiéndolo lentamente. Quizá yo también lograría descomponer este desabrido y mazacotudo bocado... Y lo descompuse. De alguna parte surgió la sospecha de que la palabra tenía, como la luna, una parte sumergida en la sombra. Instantáneamente disminuyó la luz siniestra y pude acercarme más a ella: facción, fac - ción, facto, de facto... ¡Qué ignorante era yo, señor! Corrí a una enciclopedia Espasa y leí, avergonzado: «Del latín *factio*, derivado de *factum*, supino de *facere*, hacer.» Es decir, el gobierno chileno fomentaba la construcción de ese camino. ¡Dichoso político argentino, sacado de un oscuro puesto de interventor nacional en la provincia de San Luis y convertido en Ministro de Argentina en Chile: qué mal rato me habías hecho pasar con tu escaso español y mi ningún latín!

La palabra apagó su luz y respiré. La frase era también inocente: si los chilenos construían un camino, aunque ese camino estuviese en territorio argentino, ¿qué de malo tenía el que el gobierno chileno les ayudara y fomentara su facción, ya que el de Argentina no se oponía? ¿Podía alguien suponer o creer, por otra parte, que el gobierno argentino ignoraba que se abría un camino en una parte de su territorio que por esos años fué explorada por innumerables comisiones argentinas? El recuerdo de la patrulla que se llevó detenida a Neuquén a la mitad de la gente que componía la expedición Steffen al Palena, desvanecía tan inocente presunción.

V

Me quedaban, sin embargo, algunas reflexiones: todo ello había sido dicho en días en que la susceptibilidad patriótica

argentina y chilena estaba exacerbada — un poco artificialmente, no obstante — a causa de ese litigio; días en que algunos diarios de aquende y allende los Andes hacían su negocio — jamás pierden ninguna oportunidad para hacerlo — estimulando los sentimientos guerreros de cierta parte de sus respectivos clientes. En esos días, claro está, todas las palabras, aun las más inocentes, resultaban peligrosas, pues eran desfiguradas a capricho por unos y otros. Mucho más lo serían, de seguro, si hablaban de boliche al sur del Nahuelhuapi, de que se abría un camino y de que el gobierno chileno fomentaba la *facción* de ese camino. Pero yo estaba viviendo en 1946, no era ministro ni policía, Chile y Argentina no tenían ningún litigio entre manos y, sobre todo, las palabras y las frases, aun las más oscuras, me producían miedo sólo cuando yo mismo, y razonablemente, lo decidía.

Por otra parte, leyendo las pruebas del segundo tomo del libro de Steffen me convencí más aun de la inocencia de este hombre; y me convencí, sobre todo, de que en ningún momento tuvo lo que podría llamarse simpatía culpable por Argentina y su causa; al contrario. Citaré aquí un párrafo de ese libro:

«Nada es más instructivo para demostrar el carácter violento y artificial de la «colonización» argentina en la Patagonia Occidental, que la historia de los intentos realizados en los valles superiores del Aysén desde el año 1896, esto es, desde la época en que fué nombrado perito F. P. Moreno, entusiasta animador de toda esta política de colonización. Para la realización de sus planes, Moreno se sirvió de preferencia de funcionarios del Museo de La Plata, dirigido por él en aquellos años y al cual pertenecía, por ejemplo, Steinfeld, descubridor del Lago La Plata, más tarde colono en el Río Senguér, y Kollowsky, fundador de la «colonia» a orillas del Río Simpson. El punto de vista representado por Moreno, y bajo su influencia por diversos ministros argentinos, tendía a considerar los territorios situados al oriente de la cordillera (esto es, de aquellos que la opinión oficial argentina hacía valer como «cordillera») como indiscutiblemente argentinos y apoyar esta tesis por la colonización de esos terrenos, procurando esto por todos los medios a su alcance...»

Al terminar de copiar este párrafo miré de nuevo a Steffen: allí estaba, como siempre, pero ahora con su rostro limpio, este Bula Matari alemán y patagónico.